

Jorge Jiménez López y Carmen Sánchez Tamarit (ed.), *Libros, bibliotecas y cultura visual* (Patrimonio textual y Humanidades digitales, II), Salamanca: Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y de Humanidades Digitales, Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2020. ISBN 978 84 121557 0 9

Del 4 al 6 de septiembre de 2018 se celebró en Salamanca el VII Congreso Internacional de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas (SEMYR), titulado *Patrimonio textual y humanidades digitales*, cuya organización se encomendó al Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y de Humanidades Digitales de la Universidad de Salamanca, contribuyendo de ese modo a la conmemoración del VIII Centenario de esa célebre Universidad. El hilo conductor fueron los textos de la Edad Media a la Edad Moderna en múltiples variantes que dio lugar a una profunda reflexión desde múltiples enfoques acerca de su función y valor, lo mismo que de las imágenes con las que a menudo se complementan.

El libro que ahora reseñamos recoge una quincena de contribuciones presentadas en ese encuentro científico. Con la primera de ellas, dedicada a “La liturgia en los libros de Horas de la Corona de Aragón: plegarias para la misa”, Josefina Planas Badenas se propone demostrar cómo un conjunto de estas obras iluminadas de ese ámbito, tradicionalmente asociadas con la oración íntima en espacio recoleto en sintonía con la *devotio moderna*, era utilizado también en las iglesias, a tenor de algunos textos contenidos en ciertos Libros de Horas que la autora ha podido documentar alusivos a misas o a las acciones que debía llevar a cabo el fiel dentro del recinto sagrado. A continuación, Javier Docampo Capilla vuelve a dar protagonismo a este tipo de libros con un cambio de escenario para ofrecernos una panorámica de “«Estoriadas de historia de estraña manera»: libros de horas iluminados en la Corona de Castilla (1450-1530)”. El que fuera director del Departamento de Manuscritos, Incunables y Raros de la Biblioteca Nacional de España falleció antes de que el volumen que ahora nos ocupa viera la luz, legándonos un valioso trabajo en el que se presta atención no solo al contenido y función de esos recursos devocionales, sino también al carácter suntuario que proporcionan las cubiertas y ornamentaciones exquisitas del conjunto en el que se centra, aunque remarca que igualmente existieron ejemplos modestos. Asimismo, llama la atención en la escasez de libros de Horas en el caso de la Corona de Castilla con respecto a otros países, tratando de esclarecer las razones y aumentar el conocimiento de obras lujosas a más de una docena, así como dilucidar la autoría de las ilustraciones y la identidad de sus propietarios. A la memoria de este autor está dedicado el libro.

Algunas miniaturas de esas obras se hacen eco de las imperantes formas flamencas a fines del siglo XV

y las primeras décadas de la siguiente centuria, sinónimo de vanguardia artística, lo mismo que las formas del Renacimiento italiano que se estaban introduciendo en España entonces. No obstante, en paralelo se produce un *revival* del modelo bizantino en las artes plásticas materializado en la copia o evocación de iconos antiguos que, más que responder a cuestiones de gusto estético, viene motivado por razones de índole política, moral o religiosa. Así lo defiende Sonia Caballero Escamilla en el capítulo titulado “Citas y evocaciones en los discursos visuales: a propósito del bizantinismo a finales de la Edad Media”, donde lleva a cabo una profunda reflexión acerca de términos como primitivo, antiguo o arcaico frecuentes en la historiografía artística, a menudo empleados con carácter peyorativo o como contraposición al concepto de modernidad y otras refiriendo autoridad, legitimidad e incluso identidad religiosa. Es el caso, este último, de algunas obras pictóricas vinculadas a Isabel la Católica y la Capilla Real de Granada, entre las que se cuenta la *Madonna del Popolo*: la herencia bizantina expresada en este contexto supone una mirada al pasado que la autora relaciona con la vuelta a los orígenes potenciada por las facciones reformadoras de la Iglesia, con la mirada puesta en Savonarola y su influencia en España de la mano de Cisneros, cuyo impulso fue decisivo en la traducción de algunos textos del predicador italiano, como el comentario al salmo *Miserere mei, Deus*, presente entre los libros que poseyeron los Reyes Católicos.

Si los iconos fueron vehículos transmisores de valores y postulados ideológicos, otro tanto puede decirse de los grabados, unas fuentes gráficas que son el eje en torno al que se articula el cuarto capítulo, “El Huso y la Pluma: el papel de los grabados en la creación de la iconografía de Santa Teresa de Jesús como escritora mística”, en el que Mariano Casas Hernández analiza cómo se fue configurando la imagen de la carmelita en el sentido apuntado en el título, que resultó una combinación de su dimensión real y cierta dosis de idealización en armonía con su perfil sacro apelando al intelecto. Las ilustraciones que aporta son muy reveladoras, lo mismo que las que acompañan al texto de Laura Fernández Fernández, dedicado a “La mano como herramienta visual mnemotécnica: los diagramas de cómputo del Ms. O-II-10, RBME”. El códice escurialense que trata es un compendio científico compuesto por distintos tratados de astronomía destinados fundamentalmente al cómputo temporal, cuyo origen la autora sitúa en el entorno parisino de finales del siglo XIII o comienzos

del siguiente, en el que destacan dos aspectos: la incorporación de notas marginales de un mismo lector durante más de dos decenios, el astrónomo Jehan des Murs, y su *corpus* icónico con la mano como recurso curioso para potenciar la memoria y favorecer la capacidad cognitiva, lo que lo convierte en un valioso documento para los estudios referentes a historia de la ciencia. Una disciplina, esta última, en torno a la que gira la siguiente aportación en la que Irene González Hernando nos habla de “Griegos, árabes y latinos: escribiendo e ilustrando tratados médicos en la Edad Media”, adentrándonos en las lenguas científicas empleadas en libros médicos del periodo de referencia, como el *Canon* de Avicena o la *Cirugía* de Abulcasis, que oscilan entre las más cultas como las que refiere el título y otras más periféricas, como el hebreo o las lenguas vernáculas. Son obras relevantes que fueron traducidas a varios idiomas y la autora se preocupa en comprobar hasta qué punto alteró ese proceso el texto y las imágenes, y cómo influyó en ese sentido el público receptor y las bibliotecas a las que estaban destinados.

Conocimientos de otra índole, como los concernientes a la arquitectura, se fueron transmitiendo de forma oral pero también también quedaron recogidos por escrito. Lo tocante a la geometría aplicada a la construcción se plasmó en la decimosexta centuria en una serie de manuales con intrucciones para realizar montees, plantillas o cómo acometer el corte de la piedra como demuestra Alexandra M. Gutiérrez Hernández en “Cuadernos de taller: de la teoría a la práctica en la cantería del siglo XVI”, poniendo de relieve la trascendencia que tuvieron estos textos a través del análisis minucioso de la montea de una trompa localizada en la Catedral Nueva de Salamanca. A la memoria de esta ciudad está íntimamente unida la de Diego de Anaya, hombre de Iglesia y mecenas de las Artes, a quien la historiografía ha elevado asimismo a la categoría de bibliófilo y gran promotor librario. Dos condiciones, estas últimas concernientes a los textos, que son puestas en tela de juicio por Jorge Jiménez López en su trabajo sobre “Diego de Anaya y la pasión por los libros”, donde diserta acerca de los usos y funciones del libro, así como del concepto de biblioteca y mecenazgo librario en el siglo XV. A partir de ahí se adentra en su colección de libros y los medios por los que se conocen los ejemplares que poseyó tratando de recrear cómo los consiguió, lo que le sirve para especificar su actitud con los libros y en qué medida se corresponde con la de un bibliófilo moderno.

De nuevo con la ciudad salmantina como telón de fondo, Lucía Lahoz nos introduce en “El ámbito de los textos” en el Estudio, donde de manera muy elocuente pone de relieve el valor de la escritura epigráfica como documento de primer nivel, medio publicitario, transmisor de mensajes y custodio de memoria. Dos son los ejemplos de inscripciones en torno a los que vertebra su discurso. El primero de ellos, la inscripción fundacional que recibía al visitante en el zaguán: una suerte de guía de los espacios y ámbi-

tos que configuran el Estudio y que celebra con toda solemnidad la construcción del edificio, las ciencias allí impartidas y un elenco de quienes regían las cátedras, analizada con tal profundidad que le permite a la autora subsanar algunas interpretaciones erróneas; el segundo, el conjunto de letreros que acompañaron a sendas figuras pintadas de san Antonio Abad en el claustro alto, que reproducían en letra gótica del siglo XVI un texto latino relativo a las enfermedades vinculadas a la protección del santo ermitaño, y otras similares que se localizaban en los rellanos de las escaleras, aunque con algunas variantes con las que Lahoz demuestra hasta qué punto el texto puede transformar el sentido y significado de un mismo santo en particular y de las imágenes en general.

El libro como recurso visual en las artes plásticas en el umbral de la Edad Moderna tiene cabida también en este volumen de la mano de Elena Muñoz Gómez, quien nos enseña “Maneras de leer: representaciones de la lectura en la Catedral de Zamora, h. 1500”. Un sugerente texto que, centrado fundamentalmente en la sillería coral y en el interesantísimo sepulcro del doctor Grado, explora los hábitos de lectura que podían propiciar las imágenes de distintos personajes acompañados de volúmenes, con un sentido positivo que teje en el marco de la propia urbe, una de las primeras de España en imprimir a molde, destaca, y de la dimensión sacra de la edificación que acoge las representaciones objeto de su interés. Le sigue un curioso trabajo de Herbert Natta, que versa sobre “La pintura verbal de las «Intercenales»”, unos escritos en prosa latina de Leon Battista Alberti, leídos en los cenáculos para motivar risa y levantar los ánimos, con un gran trasfondo moral. Las fórmulas literarias empleadas por Alberti en sus Intercenales son desgranadas aquí para descubrirnos su retórica y aproximarnos a una atrayente interpretación de la máxima horaciana *docere et delectare*, que ahora equivale a hablar por imágenes o a componer “pinturas verbales”.

A continuación, Rosa M. Rodríguez Porto se adentra en la que es considerada la biblioteca más rica de la Castilla tardomedieval, perteneciente al insigne literato y *milites* alcarreño Íñigo López de Mendoza, con su estudio “Libro iluminado y política cultural en Castilla a mediados del siglo XV: nuevas miradas en torno a la biblioteca del marqués de Santillana”. Tomando de base tres manuscritos que formaron parte la colección libraria del marqués, entre los que se encuentra una traducción castellana de la *Iliada* no solo acerca al lector a la cultura visual y literaria de la más selecta aristocracia, sus gustos artísticos o ciertos temas de su interés; también nos muestra la riqueza ornamental y propagandística de las miniaturas de los libros con los que se relaciona al protagonista; y nos adentra en su labor de patrocinio artístico y en sus vínculos con el artista Jorge Inglés, desmontando algunas hipótesis establecidas hasta ahora en esta parcela.

Es de celebrar que el libro también acoja una contribución dedicada a una de las fuentes hagio-

gráficas más trascendentes del periodo bajomedieval. Me refiero a la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine y al trabajo de Carmen Sánchez Tamarit titulado “Imagen y texto en la «Legenda aurea» de la Biblioteca General Histórica de Salamanca (Ms. 2660)”. El manuscrito que ocupa su interés, de papel y pergamino, es muy valioso desde el punto de vista artístico por sus ricas y abundantes ilustraciones, concentradas en las iniciales que sirven para narrar en imágenes la vida ejemplar de los santos. La autora hace una encomiable aproximación al sentido de la obra de la Vorágine que nos ayuda a entender su éxito y, de igual modo, contextualiza el Ms. 2660 en el entorno de la Biblioteca salmantina y al ya citado Diego de Anaya, atendiendo a su predilección por san Bartolomé, sus vínculos con el Colegio de San Bartolomé y algunos añadidos textuales en el manuscrito, entre ellos en la parte *De sancto Bartholomeo*.

Las vidas de santos y las imágenes que las ilustran tuvieron un gran calado en el imaginario de los fieles constituyéndose en referentes modélicos. Pero hubo ilustraciones que se emplearon también en el seno de la Iglesia como instrumentos memorísticos. Es el caso de las miniaturas de cinco copias carolingias de la *Psychomachia* de Prudencio fechadas entre los siglos IX y X, alusivas a la lucha de virtudes y vicios empleadas con un sentido cristiano por las comunidades religiosas que poseían los códices que las contenían para retener información con fines didácticos, así como para practicar la meditación y la lectura sagrada. Todo ello se desarrolla en el penúltimo capítulo del libro que estamos reseñando, “«Imágenes

agentes»: el uso de imágenes memorables para la memorización de la *Psychomachia*”, a cargo de Jennifer Solivan. Finalmente, el volumen se cierra con el estudio de Marta Virseda Bravo, “«Por si acaso no hubiese llegado a manos de usted»: los inventarios de libros de la biblioteca del conde de Haro”, que indaga en la dotación de libros que hizo el primer conde de Haro, Pedro Fernández de Velasco, a la biblioteca del Hospital de la Vera Cruz de Medina de Pomar que fundó en 1455. Se sirve para ello de dos inventarios ya conocidos y otros tres inéditos, con los que puede reconstruir la evolución y organización de la biblioteca desde la fecha señalada hasta 1726 y aproximarse a la cultura libraria como seña de identidad de un linaje y una expresión más de poder.

Se trata, en fin, de una obra colectiva de alto nivel enriquecida con una generosa selección de ilustraciones a color llamada a convertirse en referente para los estudiosos interesados en el patrimonio literario de la Edad Media y la Edad Moderna, las relaciones entre textos e imágenes en ese periodo, el potencial de los libros, y por extensión de las bibliotecas, así como de las inscripciones que complementan a las artes plásticas como vehículos transmisores de ideas y mensajes o la cultura visual de la época; sin olvidar que ese patrimonio es un medio privilegiado para comprender mejor el perfil de sus promotores, propietarios, coleccionistas o público receptor.

Sonia Morales Cano  
Universidad de Castilla-La Mancha  
Sonia.MCano@uclm.es  
ORCID: 0000-0002-5437-4820